

# **argentina...?...**

**L**A Nación es una historia que un pueblo construye. Si no se cree en la historia hecha o por hacer, la Nación se deshace...

Nuestro país vive uno de estos momentos en que es necesario, por encima de todas las cosas, estar convencidos de que embarcados en el mismo bajel, construimos para el mañana sobre lo que, bueno o malo, nos ha transmitido el ayer. No podemos seguir proclamando cortes en nuestra historia y en nuestro ser. Ya durante mucho tiempo se ha dividido a los argentinos en réprobos y santos atrayendo a la política una terminología que sólo puede ser aplicada —y con cuánto cuidado— a la salvación eterna. La Nación se construye sobre una ancha base de recíproca confianza, con la vista fija en el interés general de todos sus habitantes, y en la visión clara de la Argentina que van construyendo los años y los hombres.

La crisis ha nacido fundamentalmente del olvido de estos dos aspectos. El Poder Ejecutivo no se despojó jamás de una cierta ambigüedad que para muchos fue excesiva y su visión de la Argentina futura no pudo ser vislumbrada con claridad. A esto se añade el hecho de que todavía no ha podido ser superada la división entre los argentinos. Y, sin embargo, nuestra Historia es demasiado joven como para poder prescindir de sectores de la población. No lo hacen los viejos países donde pasado un conflicto se está dispuesto a rehacer la Nación con la ayuda de todos, pero con una

orientación nueva. La democracia, al fin y al cabo, no es el gobierno de quienes se proclaman demócratas, sino de los representantes que el pueblo elige, gusten o no gusten a las minorías, siempre y cuando sean respetadas. Estas a su vez, tienen una enorme importancia cuando respetadas y respetándose muestran las otras posibles salidas a las necesidades de la Nación, para que el pueblo las conozca y las distinga de lo que se está realizando. Por eso, no pueden presentar utopías, ni ideologías, sino programas concretos.

Una Nación es una legitimidad que todos reconocen y que todos están dispuestos a acatar. "No se consigue la aptitud para ejercer la libertad rectamente sino por medio del recto uso de la libertad". La Argentina ha proclamado, más de una vez, su profunda fe en la libertad. Pero no en la libertad liberticida, sino en el recto uso de la libertad dentro de los límites de una organización constitucional. La llamaríamos libertad republicana. Esa libertad no se puede enseñar en la opresión. Por eso pretender que algún sector de la población aprenda el uso de la libertad republicana negándosela, no aparece dentro de los objetivos de la Nación. Hay formas republicanas que deben respetarse si se quiere que los demás las respeten.

Dentro de esa legitimidad se había insistido en que uno de los puntos fundamentales era el de las elecciones libres. No puede sostenerse el principio y negar sus resultados. La anarquía nace de estos procedimientos, y el pueblo, desde sus capas más populares hasta las más altas, descubre así que nada es cierto dentro de la organización política. La Argentina, más que ningún otro país, necesita restablecer el círculo de confianza entre el gobierno y el pueblo. La elección presidencial suele ser, para la masa del pueblo, de mayor importancia que la elección de los diputados y senadores. El pueblo vota por una persona determinada para Presidente y esto da sensación de propia responsabilidad en el acto electoral. Es cierto que el candidato ha sido elegido no por el pueblo sino después de cuidadosas combinaciones entre bastidores, pero, de cualquier manera, el pueblo o por lo menos una masa grande de sus principales representantes, puede tomar contacto con los candidatos y sentirse de alguna manera conocedores de las principales cualidades y defectos de los que se presentan. Por el contrario, en el nombramiento de los candidatos para otros

cargos el velo de los partidos políticos actúa en grado mayor, y el pueblo se encuentra de pronto con listas en cuya formación no ha tenido nada que ver. Los que llegan entonces a las Cámaras no establecen el círculo de confianza con el pueblo. Esta forma política debe restablecer su prestigio.

Pero todas estas formas funcionaban y legitimaban la existencia de un gobierno y de un hacer de la Nación. Los distintos rumores y amenazas de golpes de estado fueron siempre considerados como medidas tendientes a evitar las ambigüedades del señor Presidente. Pero hoy el país se encuentra ante un cambio de Presidente.

\* \* \*

*El país asistió con asombro a la crisis política. Diríamos hasta con frialdad. Se estaba en un proceso de legitimidad y nos encontrábamos nuevamente con un corte. Se vio durante más de una semana la tensión entre el Presidente y los secretarios militares sin distinguir, en ningún momento, qué era lo que realmente estaba en juego. Era una discusión sobre un pasado que no entrañaba ninguna apertura hacia el futuro. Era cortar, sin buscar solucionar. No hay un modo constitucional de "derrocar" un Presidente. Por eso, todo el país ha sentido un empequeñecerse. Cuando se emplea la fuerza hay que tener "mucha razón" para utilizarla. A lo largo de nuestra historia, ni 1890, ni 1930 aparecen tan huérfanos como la última crisis. En 1962 se podía esperar algo más de nuestro país. La Nación lo ha sentido así y se ha sentido amenazada. Se ha empleado la fuerza contra lo que aparecía como legalidad y las formas tienen sus exigencias y el derecho que les da origen tienen larga memoria. Las crisis engendran desconfianza y nada más triste que un pueblo desconfiando de sus instituciones más augustas.*

*¿Cuáles han sido las causas?*

*Es un hecho que las Fuerzas Armadas y una parte más o menos grande del país, ha mantenido una actitud de sospecha o suspicacia ante la misma persona del Presidente. Y esto debe señalarse como una de las causas de la situación actual. Nos inclinaríamos a pensar que existe en el doctor Frondizi una tendencia política innata que le impide entregarse totalmente a una dirección. Es la tendencia del hombre que guarda siempre una última carta que le permita*



dar vuelta totalmente el juego en caso necesario. Sus posiciones anteriores en la política y su hábil juego previo a la elección presidencial dieron una clara idea de su mentalidad, no de sus ideas. Inmediatamente después de la elección, el pragmatismo domina su acción. Diversos grupos se sienten traicionados. Otros, en cambio, reciben con cierta sorpresa, que incluye su matiz de duda, la evolución del señor Presidente. Aún en el orden económico, fuerte del Frondizi anterior a la presidencia, se producen algunos vuelcos espectaculares. Así sucedió que en las sucesivas elecciones, especialmente en la Capital Federal, los votos de la UCRI cambiaran de origen. La posición internacional especialmente ante el caso Cuba, provocó las suspicacias más tenaces y ella produjo los planteamientos más profundos. El que nos llevó a la ruptura de relaciones puede considerarse el prolegómeno e la crisis actual en dos líneas: Frondizi cedió con cierta precipitación y las Fuerzas Armadas se encontraron que eran capaces de oponer un frente único a las directivas del Presidente, cosa que no había sucedido en ocasiones anteriores.

Nuestra Constitución establece un modo legal, una forma por la cual el Presidente que no cumple con su deber puede ser despojado del cargo, sin necesidad de llegar a la rebelión abierta. Es el juicio político, que tampoco puede ser utilizado fácilmente, ya que el Gobernante suele tener a su favor la mayoría de las Cámaras. ¿Justificaba la posición de Frondizi el juicio político? ¿Podía darse esa posibilidad en nuestra situación? ¿Era necesario, por lo tanto, buscar otra salida? A cada uno de estos interrogantes las respuestas pueden ser varias. Pero la respuesta afirmativa que las fuerzas armadas dieron a la tercera fue la que provocó la crisis final.

Otros factores influyeron en la crisis. Nudillos que golpearon en la puertas de los cuarteles, como lo denunciara el general Aramburu. Posiblemente de entre ellos surjan los responsables más directos. Políticos desplazados o simplemente postergados confundieron su necesidad de apelación directa a las urnas con la reclamación de medidas drásticas. La verdad es que en esta dolorosa democracia que vivimos, los partidos políticos minoritarios tienen una grave responsabilidad sobre sí mismos. Ninguna oposición presentó un plan orgánico de realización mejor de la que se esta-

ba realizando. Todos buscaron los votos peronistas denunciando a los demás cuando no los obtenían, o proclamaron sin vergüenza, lo contrario de lo que estaban realizando. De hecho, las últimas elecciones proclamaron la derrota de las oposiciones al gobierno que no se canalizaron en el peronismo.

El bloque justicialista, en sus diversas acepciones, no ha presentado un avance sobre sus posiciones anteriores. No ha aprendido nada, ni olvidado nada después de siete años de proscripción. Lanzada además, desde el gobierno, acusación de complicidad castrista-comunista, que sólo impresionó en el exterior y, posiblemente, en algún sector de las fuerzas armadas, su figura apareció como el agente político de la crisis.

Por último, las fuerzas armadas. Es ya un lugar común señalar que en la Argentina, como en muchos otros países latinoamericanos, las instituciones armadas cumplen una misión difícil de precisar en textos legales, pero que constantemente se hace presente. En la crisis actual, los factores señalados más arriba obraron sobre ellas de consuno y provocaron su actitud. Definidas como anticomunistas, y anti-peronistas y por lo mismo democráticas, se encontraron en el callejón sin salida de que su intervención no era democrática, pero que debían intervenir en nombre de la democracia. Su afirmación de democracia cristalizó en no querer tomar el poder, pero al no poder justificar con la democracia su actitud, provocaron una de las situaciones más peligrosas que pueden darse en un país: el vacío político.

\* \* \*

El hombre militar adquiere su grandeza del hecho de estar, por profesión, al servicio de su patria, y prepararse a servirla hasta la muerte en la búsqueda de la victoria por las armas. Su mentalidad, por lo tanto, se forma en torno de la búsqueda de la victoria por los medios más aptos. La guerra es un medio en el que la fuerza ocupa el lugar preponderante, para que se obtenga nuevamente la paz. Una mentalidad formada sobre esta base, nos da la seguridad acerca de la victoria en una guerra. Pero la política no es, no puede ser, una serie de victorias obtenidas sobre el enemigo que se opone a la paz. La política es el arte de conducir a los hombres a cumplir con su destino eterno a través del terreno. Por eso, el arte de la guerra y el arte de la política son artes totalmente distintos que exigen mentalida-



des diversas. Cuando el político se mete a estratega, busca entonces más rápidamente los sucesos que reportan un brillo hacia la opinión que una verdadera victoria. Y el militar que entra en política busca, ante todo, la victoria. La política no es una victoria. Alejandro, con su espada, cortó el nudo gordiano, no lo desató. El político era el encargado de desatarlo y hubiera logrado un gran imperio político. Alejandro lo conquistó con sus armas y su duración fue efímera. En nuestra política hemos visto ya demasiados nudos cortados, pero los problemas han quedado en pie. No es la espada, es la política la que construye las naciones. Y no es la mentalidad militar la que enseña, mal que le pese a políticos trasnochados, el arte de conducir, de gobernar, de mandar. Necesitamos los cuarteles y que se enseñe la obediencia militar. Pero la Nación no es un cuartel.

La intervención de las fuerzas armadas, con el agregado de su toque de legalismo, provoca el mejor ambiente para los arribistas. Cualquiera puede aprovechar de esa situación de vacío para considerarse el salvador del país. No olvidemos que Perón surgió aprovechando una situación semejante y en cualquier momento otro coronel o capitán de navío puede sentir el ansia de salvación.

Las instituciones armadas, por la misma necesidad nacida de sus funciones específicas, son grupos de formación cerrada. No viven, ni deben vivir, en un contacto demasiado estrecho con los demás grupos sociales. Esto, que significa una ventaja para su propia formación, no les permite abarcar todo el campo sociológico con sus diversos matices. Dentro de la institución, además, una vez establecida la necesidad de intervenir en lo político, por grande que sea la disciplina, necesariamente la presión se ejerce desde muy diversos puntos, y los hombres con mando directo de tropas adquieren un predominio que muchas veces no puede ser detenido desde los comandos superiores. Por eso no existe una seguridad acerca de quienes son los que realmente deciden.

Por otra parte, el hermetismo que señalábamos, no les permite reconocer con total seguridad quiénes son los hombres que verdaderamente conocen la realidad del país. Esa realidad sobre la que debe ejercerse el arte político y no el país ideal o el país como debe ser para un caso de guerra.

La figura de Lavalle rodeado de los ideólogos unitarios, o la de Uriburu, con su corona de abogados influyentes, se repite, desgraciadamente, con muchos de nuestros

hombres de armas llenos de las mejores intenciones. Pero la legitimidad no está en esos pequeños círculos.

\* \* \*

*La situación en momentos en que escribimos estas páginas, no ha logrado todavía la estabilidad. Con el mejor de los ánimos debemos reconocer que no será fácil. Lo urgente es establecer la base para una amplia solidaridad nacional, no para estabilizar una moneda que puede, en una guerra civil, no significar nada. Lo urgente es señalar que los cambios no son contra personas o grupos sociales, sino para bien de toda la Nación. Lo urgente es restablecer la confianza en que los hombres del gobierno y los hombres de las fuerzas armadas que han provocado estos cambios, no tienen interés en crear un caos o un vacío político.*

*Los políticos deben reconocer que si el pueblo los ha elegido o no los ha elegido, es precisamente deseando su propio bien. Los políticos desplazados en las elecciones no pueden pretender escalar posiciones apoyados en las bayonetas o en los buques de guerra. No es este el camino en una democracia republicana. Y el peor peligro sería pretender justificar esos progresos, apelando a un país ideal o a un pueblo ideal.*

*Las fuerzas armadas no pueden pretender ser siempre los árbitros en toda cuestión política. Cada nueva intervención provoca una reacción popular que se va profundizando, bien utilizada por los eternos antimilitaristas. Pero es preciso no dar causa alguna a un resentimiento popular contra las instituciones militares.*

*Tales intervenciones de las fuerzas armadas tienen, además, la posibilidad de ser bien instrumentadas por las izquierdas. Como lo señala el órgano de izquierda uruguayo, el modo de comportarse con el peronismo, le está demostrando a éste que no tiene otra salida que la izquierda y la izquierda revolucionaria. ¿Terminaremos pensando y diciendo que lo único que quieren las fuerzas armadas es provocar un conflicto cada vez más intenso entre ellas y las instituciones populares? Absurdo sería pensarlo, pero los resultados de nuestras acciones no son siempre totalmente previsibles y, mucho menos, cuando no se han medido todas sus consecuencias.*

*Hay otro sector peligroso en su juicio sobre la actitud de las fuerzas armadas. Nos referimos a quienes pretenden*



que la democracia debe ser enseñada a tiros y a golpes, y mientras no se aprenda lo que ella realmente significa no se debe dejar gobernar sino a los que han pasado el examen que ellos mismos establecen. Así se justificó durante largos años el fraude patriótico y así se llega a hablar de sufragio calificado. Ambas proposiciones poseen la misma dosis de irrealidad práctica.

Debe darse un reencuentro de nuestra política con la realidad misma del país. La nación está ya cansada de los egoísmos de particulares y de grupos. Es necesario que todos afirmemos la realidad espiritual de una Nación que busca convertir en realidad su grandeza. Pero esto no es obra de un grupo de privilegiados, ni tarea exclusiva de las fuerzas armadas. Nadie puede quedar fuera de tal realización.

Para superar la crisis que es económica, y política, pero sobre todo moral, es necesario restablecer la confianza. La confianza entre los hombres y la confianza en las instituciones legales. Entre los hombres, porque muchos malentendidos se han creado, y desgraciadamente se mantienen y fomentan. Confianza en las instituciones, porque no podemos pretender solucionarlo todo con golpes de timón que nos lleven de un bandazo a otro. Afirmemos nuestras instituciones y busquemos su mejoramiento a través de los instrumentos que ellas mismas han establecido. Aún podemos pensar en institucionalizar el influjo de las fuerzas armadas mediante un instrumento legal. Pero no acostumbremos a los hombres a vivir fuera de la legalidad y fuera de las formas institucionales. Porque todo empleo de la fuerza engendra la violencia y no podremos negar mañana el que la fuerza se emplee contra lo que hoy defendemos con la fuerza sin derecho.

\* \* \*

Todos los pueblos tienen su destino. No sabemos todavía si el nuestro será desaparecer en la anarquía o el despotismo. Lo que sabemos es que el destino no es obra del azar o de las fuerzas ciegas, sino el resultado de la voluntad humana unida a la Voluntad de Dios. A nuestra patria "la Cruz del Sur le marca el rumbo más seguro". Por encima de nuestras crisis, la profundidad de nuestra hermandad en la Cruz y en la Patria nos debe permitir alcanzar, en el dolor y en la muerte de nuestro egoísmo, el rostro sonriente de la Comunidad Argentina.

*La Dirección.*